

1990

MARCIANO

ESTUDIO CRITICO
CIENTIFICO-SOCIOLOGICO

ESBOZADO A RAIZ DE ALGUNOS COMENTARIOS
DEL ESCRITOR JULIO II Y ALGUNOS OTROS
DEL MOMENTO



QUITO (ECUADOR)

MCMXXXII

1932

SUMARIO

I—Los escritores *universales* contemporáneos.—
II—La Verdad y el Bien triunfan al fin.—III—
Julio II y el astrónomo Iturralde.—IV—El Vaticinio
sísmico y los temblores y eclipses del año 31 de la
éra cristiana.—V—Comentarios de Julio II: *¿errores*
o segundas intenciones?—VI—¿Profetas que *predicen*
lo pasado?—VII—Pongamos los puntos en las *ies*.—
VIII—Cómo juzgamos a los hombres de valía.—IX
—Defectos hispanoamericanos.—X—Los genios ex-
tranjeros.—XI—¿Estamos aún cerca del indio primi-
tivo?—XII—La personalidad del astrónomo Iturralde.
—XIII—La importancia de la Astronomía; la Astrofi-
sica.—XIV—Las grandes conclusiones de las Ciencias
Naturales. Lo que dice Poincaré sobre la Astrono-
mía.—XV—La opinión de *peso* del Director interino
del Observatorio, Sr. N. Martínez. Le hacemos una
pregunta.—XVI.—Los que cayeron alguna vez,
¿pueden o no rehabilitarse ante la sociedad? Nuestra
opinión y la de Julio II.—XVII—¿Cuál fue la edad
de Jesús? *Opinión y creencias* de Julio II al res-
pecto. *Nuevo profeta* de lo pasado e *intérprete* de
las Sagradas Escrituras: Julio II.—XVIII—¿Quién
está en la verdad, Julio II o el Sr. Iturralde?—XIX
—¿Es posible el milagro astronómico?—XX—¿Cuándo
empieza la éra cristiana? ¿Coincide con el nacimiento
de Jesús?—XXI—Los *admiradores* de Julio II: Mar-
tense, Alférez Hito, etc. Si sus elogios son verdade-
ros, ¿seremos los demás *carneros humanos?*—XXII—
La valía de Julio II. Nuestro consejo.—Rayos que
queman y rayos que no queman.—XXIII—¿Es posible
abarcar *todo conocimiento y criticarlo todo?* Especiali-
zación y universalismo. Un árbol que dará frutos.—
XXIV—Los grandes anhelos de Julio II; éste y la
juventud hispanoamericana.—XXV—Un *simil* para
Julio II.—XXVI—¿Críticas literarias extranjeras? y
las nacionales? ¿Sólo son *genios* los extranjeros?—
XXVII—El deber del escritor que desea formar hom-
bres y forjar voluntades.—XXVIII—Ejemplo de los
grandes hombres nacionales.—XXIX—Arboles exó-
ticos de frutos insubstanciales y estériles.—XXX—
Palabras finales.

ESTUDIO CRÍTICO CIENTÍFICO - SOCIOLOGICO

Esbozado a raíz de algunos comentarios del escritor
Julio II y algunos otros del momento.

Lector benévolo:

Al trazar estas líneas, no tenemos otra idea que la recta y nobilísima de tratar de rectificar—en la medida de nuestros conocimientos—ciertos torcidos criterios de la sociedad contemporánea, y encarnados, o mejor dicho, manifestados por algunos escritores del día, que si bien gozan, bajo ciertos respectos, de justa fama, muy merecida por su erudición, vasta comprensión y oportuna cuanto certera crítica en *determinados* asuntos, no por ello vamos a cometer el necio puerilismo de creer que podrían llegar a ser *universales*, abarcándolo *todo*, cual si poseyeran verdadera omni-ciencia. Por lo mismo, no vamos a dar crédito tampoco a todo lo que a diario nos cuentan,

ora escudándose bajo la autoridad de la fama adquirida, ora ocultándose bajo la irresponsabilidad del disfraz seudonímico, ora, en fin, simplemente pretextando el *hacer reír*, gastando en veces bromas de mal payaso, “para hacer vivir a los periódicos y a los hombres”, según los entenderes de Martense.

Por aquello a lo que principalmente se refiere nuestra crítica, dijérase que es inoportuna cuando no tardía. (*) Podría ser; sin embargo, nunca es demasiado tarde para combatir el error en cualquiera forma que se presentare, máxime cuando debido a un análisis superficial e incompleto del mismo, se quiere hacerlo aparecer con visos de verdad, y más aún, se pretende consagrarlo.

Volvemos a repetir, combatimos falsos modos de pensar extendidos en algunos sectores de la sociedad, la llamada culta inclusive; por lo mismo, no se nos tache si nos detenemos largamente en algunos puntos; y como que de modo especial nos referimos al caballero que responde al seudónimo de Julio II, le suplicamos se sirva disculparnos si tomamos para nuestro objeto algunas de sus crónicas, las que, ciertamente, no habríamos tocado, a no ser por el poco fondo de verdad que encierran, como en breve lo verán nuestros lectores.

No pretendemos, en modo alguno, restar méritos a nadie, porque consideramos que tal pretensión es una locura: la Verdad y el Bien

(*) Trazadas estas líneas a primeros días de abril de este año, motivos ajenos a nuestra voluntad y que no es del caso expresar aquí, nos impidieron publicarlas por aquellos días.

triunfan al fin, aunque momentáneamente su esplendor se quiera enmascarar; y creemos también que el mérito y la gloria de una individualidad humana se reconocerá, indefectiblemente, aunque a veces sea tarde. Aclaramos también que está muy lejos de nuestro ánimo el considerar como irrefutables las aseveraciones que muy luego expondremos—aunque, sin embargo, de ello estemos actualmente convencidos que es la verdad—pues, puede muy bien que hayamos errado; por lo mismo, quedaríamos altamente agradecidos a quienes serena y cortésmente nos hicieran alguna corrección, apresurándonos en decirles de antemano: gracias mil, caballeros.

Y, esto sentado, entramos de lleno en materia.

* * *

El lector recordará que el 10 del pasado mes de marzo de este año, apareció en “El Comercio” Nº 9.622, un artículo que lo llamaremos primero, firmado por el Sr. Abelardo Iturralde G., bajo el epígrafe de “Vaticinio Sísmico” y cuyo texto nos permitimos copiar, decía así: “Hay muchas probabilidades, según la observación y la extensa enseñanza de los pasados siglos, de que ocurran terremotos en *cualquiera comarca del globo* el 22 del presente mes de marzo de 1932, tres días antes o después.

“Por no exceptuarse las poblaciones del Ecuador, me permito advertirlas, como medida de prudencia. Las noticias de quienes

los sufran sin saber, pueden llegarnos a nosotros sobre aviso”.

Posteriormente, el mismo Sr. Iturralde publicó dos artículos más en el mismo diario, refiriéndose el uno (2º) al eclipse lunar verificado el 22 del mismo mes de marzo, y el otro, (art. 3º) bajo el título de “Terremotos Analógicos”, a los eclipses y temblores habidos por el año 31 de la era cristiana, justamente coincidiendo con los momentos en que el divino Mártir sufriera los horribles tormentos de la crucifixión. (1)

Julio II, escritor de “El Día”, comentó los artículos del Sr. Iturralde que hemos llamado primero y tercero; comentarios que transcribimos más abajo y que, para facilidad del análisis, los designaremos con las letras A) y B).

I

A). COMENTARIOS REFERENTES AL VATICINIO SÍSMICO, aparecidos en “El Día” N° 5.974 de esta ciudad, marzo 13 de 1932, pag. 1ª.

En el artículo titulado “La Semana” hacia el final se lee: «El Sr. Abelardo J. Iturralde ha anunciado que un poco antes o un poco después del 22 de Mayo (2) habrá un terremoto *aquí, o un poco cerca o un poco lejos de esta ciudad*; (3) y aconseja que se tomen precauciones para salvar el renegrido pellejo.

(1) El Comercio, N° 9.634, marzo 22, 1932, pág. 4.

(2) Debió decir marzo.

(3) El Sr. Iturralde no dijo esto como fácilmente se notará comparando lo anteriormente anotado.

»El Sr. Iturralde ha progresado en sus conocimientos astronómicos. Hubo un tiempo en que “profetizaba” los temblores “después” de efectuados. Los hermanos Schlegel, ponderando las cualidades de un buen historiador, decían que debía ser “un profeta de lo pasado”.

»Igual elogio se podría aplicar al Sr. Iturralde con motivo de sus trabajos astronómicos antiguos: “era un profeta de los temblores ya consumados”. Porque era de ver con qué esmero y prolijidad ⁽⁴⁾ y gusto explicaba la manera cómo se efectuó el temblor de la antevíspera. A veces hasta corregía a la naturaleza, describiendo no como “fué” el temblor, sino cómo “debió” ser. Tenía presente el ideal de un “buen” temblor. Y por eso se metió en polémicas de la *más pura astronomía*, porque no *faltaban* ⁽⁵⁾ —como no ha faltado ahora,—algún Director de Observatorio que le saliera al frente y le *desmintiera* con un celo en que se adivinaba un poco de envidia. Y así se armaba la *gran polémica*, que al enardecerse un paso podía terminar *mal, muy mal, trágicamente mal*, porque el Sr. Iturralde *es* fuerte en eso de *manejar* el telescopio y *dirigirlo* en todos lados.

»Ahora ya anuncia los temblores y aún los terremotos “antes” de que sucedan. Se ha

(4) Con perdón de Julio II, prolijidad se escribe con j.

(5) Como que el verbo concuerda con un sujeto singular (Director) y, por lo mismo, deberá ponerse en singular y no en plural como aquí se hace. Sin embargo, diremos ligeramente que Julio II es también insigne gramático y defensor autorizado de ciertos términos que se han dado en llamar *indecentes*.

fijado seguramente en las nubes que parecen algodón oscarmonado, en los siniestros aullidos nocturnos de los cien mil perros, con dueño y sin dueño, que *hay* en esta urbe, en los huracanes, en las tempestades de rayos "secos", en las crecientes del Chanchán, en los desastres de Huigra y Telimbela, en los decretos de emergencia, en las facultades extraordinarias, y ha dicho gravemente preocupado y torciéndose los mostachos: 'algo ocurre en esta tierra; terremoto tendremos en casa'».

Además copiamos la apreciación que sobre la personalidad del Sr. Iturralde aparece en "El Comercio" N° 9.623, de marzo 11, 1932, pág. 3, a propósito de la misma publicación que, el día anterior al citado, hiciera el mencionado Sr. Iturralde, dice así: "Ayer dimos a conocer un vaticinio sísmico, colaboración suscrita por el Sr. Abelardo Iturralde, persona que se ha dedicado, desde hace mucho tiempo, a vastos estudios astronómicos. En ocasiones anteriores hemos recibido varios de sus trabajos, dándolos a conocer a nuestros lectores. *Siempre fueron acertadas* sus predicciones *basadas* en conocimiento científico, en la *parte* en la cual puede cumplirse, dado el mismo carácter que las distingue o sea el de *cálculos astronómicos*. Toda observación de esta naturaleza estará sujeta, naturalmente, a esa *especie de vaguedad* que parece propia del mundo astral. Por eso los astrónomos, por más sabiduría que posean, no pueden plantearse concretamente una predicción".

También "El Diario de la Tarde" (6) hizo apreciaciones laudatorias del mismo Sr. Iturralde más o menos en parecidos términos.

Ante tal discrepancia de pareceres hemos querido ahondar y penetrar en el fondo mismo del asunto, para *ver* la verdad que ellos encierran, haciendo un *análisis* profundo y detenido.

Suficientemente conocedores del aludido astrónomo, no tanto por lo que a su persona respecta, sino principalmente, por lo que a sus encomiásticos trabajos y valiosas ideas originales se refiere, y, además, como iniciados en el estudio de la hermosa cuanto majestuosa y altamente útil ciencia de los astros, nos creemos con algún derecho para hablar a este respecto y *ensayar* de colocar en las *íes* los puntos que, quizá por escribir con demasiada prisa, se les olvidaron a los escritores a quienes luego nos referiremos.

Empezamos. El primer párrafo del comentario de Julio II que hemos marcado con la letra A), revela—como ya lo anotamos más arriba (llamada 3) y como lo veremos más adelante en el comentario B)—una marcada tendencia, por parte del escritor, a desfigurar y torcer el valor y significado de la predicción sísmica. Por consiguiente, fundamentarse—al hacer el comentario—sobre una base erró-

(6) "El Diario de la Tarde"; N° 49, de marzo 21, 1932, pág. 2. Artc. "Las nerviosidades del Momento.—Nuestro Astrónomo Iturralde a pesar de que hizo conocer *prudencialmente* sus pronósticos, ha absorbido la atención pública en forma tal, que todos están pendientes de él. Cualquier fenómeno natural o sobrenatural que se produce, conforme a los vaticinios de este sabio humilde que no tiene a su servicio un equipo científico, sino que trabaja en el pequeño laboratorio de su casa, etc. "Puro y Bravo".

nea, con el fin—talvez—de hacer aparecer al científico como errado, no parece aconsejable ni lógico.

El comentario A) visto de conjunto revela, por una parte, que el articulista que lo suscribe no conoce al Sr. Iturralde en lo que a lo científico y ético respecta, y, por otra, según el final del comentario, que se considera a la Astronomía como una ciencia barata, cuyas conclusiones sean comparables con los sinietros aullidos de los *cien mil perros*,⁽⁷⁾ con dueño y sin dueño que *hay* en esta urbe (sic).

Séanos permitido que al criticar estas falsas apreciaciones—y según el programa que nos hemos trazado—nos extendamos un tanto, y nos reframamos también a algunas otras que tienen con aquellas bastante relación, muy generalizadas, por otra parte, y que, a nuestro juicio, no encierran mucha verdad.

Casi todo el que lea estas líneas convenirá con nosotros en que al tratarse del reconocimiento del mérito de los individuos de viso, por lo general, no acertamos, porque lo hacemos—no pocas veces—mirando a través de los opacos y deslustrados cristales de ciertos prejuicios, que con tesón y voluntad enérgica debemos combatir hasta que consigamos su completa abolición. Y esto no sucede solamente aquí en el Ecuador, sino que lo encontramos también en las otras naciones de la América hispana: ideas erróneas que la Madre

(7) No creíamos que en esta ciudad de Quito hubiese tantos perros; sin embargo, a Julio II "no hay nada que objetarlo".

España nos transmitiera conjuntamente con su lengua, su historia y sus costumbres, y cuya existencia en la Ibérica república aun en el momento presente, nos lo demuestran las firmes y categóricas palabras de Ricardo León cuando—al referirse a sus *Ensayos* apuntados en algunas de sus valiosas obras—dice que «ellos pretenden contribuir al *esclarecimiento* de este gran espíritu nacional, común a tantos pueblos generosos, cada vez más conscientes y pagados de la nobleza de su origen, contra los muchos españoles que aun tienen por gala, por triste blasón de *elegancia intelectual*, el desprecio de las cosas propias y el desmedido amor de las ajenas». (8)

Estas frases parece que se describieron también para nosotros. ¡Cuántos fracasos nos cuenta cotidianamente la prensa respecto de ciertos hombres públicos, que llegaron a los puestos elevados no por la eficiencia y la preparación, ni tampoco por la entereza de carácter o la férrea voluntad, sino por el vil palanqueo o por la ya mil veces abominable presentación de pergaminos amarillentos y roídos!

Al hombre inteligente y grandemente perspicaz, que se prepara con abnegación y perseverancia en el silencio y oscuridad de las duras privaciones, con la mira nobilísima de *servir* a sus conciudadanos, no se lo aprecia en lo que vale; antes sí, se lo descalifica, cuando no se lo persigue. ¿Qué clase de grandeza

(8) Ricardo León, "La Voz de la Sangre", al comienzo del libro.

se pretende alcanzar en una nación donde aquellos hombres que realmente *valen*, no reciben sino ultrajes y continuas befas, en cambio de sus desvelos y afanares; y en donde el prodigio del estímulo sano casi no existe?

Un afortunado profesional que logró costearse un viajecito al extranjero, aunque no haya ni siquiera visto desde lejos la ponderada especialización, a su regreso es ya considerado como la última palabra en el ramo que cultiva.

Y cuando para proveer ciertas cátedras de nuestras Universidades o para resolver nuestros problemas necesitamos y buscamos a los hombres que realmente respondan a su "noble cometido", al instante cedemos al prejuicio, y, de esta suerte, no encontrando entre los nuestros a los hombres *preparados*, apelamos a los técnicos extranjeros, únicos seres privilegiados que con su *ciencia* nos podrán sacar de las oscuridades de nuestro *no saber*; y si—después de todo—*no se facilita* la importación de los *genios*, al menos nos esforzamos en trasplantar al patrio campo, las ideologías y aspiraciones ajenas, aunque—bien visto—entrañen verdaderos absurdos, por no adecuarse a nuestra idiosincracia o a nuestro natural temperamento: el *todo* es traer, importar, imitar servilmente, pagar lo extranjero; pero, apreciar lo propio, la idea propia, el propio suelo; crear, fundar, tratar de inventar algo, iniciar alguna propia empresa, es en lo que *menos* pensamos.

Hace poco, la prensa nos decía: «El indio de la selva que hacia ella vuelve, al parecer

civilizado, después de larga estadia en las agitadas urbes, en donde tuvo ocasión de ver, aprender y aun gozar de las comodidades que brinda la ciudad, y que, por lo mismo, se fincaba en él la más bella esperanza de grandes realizaciones con respecto a sus iguales de la montaña, llega a ella y en breve olvida lo que el poblado le hiciera sentir y comprender.» Ante un hecho semejante, hondamente cavilamos y contristados nos formulamos la tremenda pregunta: ¿a qué distancia estamos del indio de la selva, del indio primitivo?

Pero volviendo al caso concreto del astrónomo Iturralde, debemos tener en cuenta que si bien carece de títulos académico-científicos, no por eso le falta base suficiente en materia de las ciencias astronómicas, para escribir no sólo lo que ha escrito, sino muchísimo más, con la valiosísima circunstancia de tener muchas ideas verdaderamente originales, como, entre otras, la teoría de lo que podríamos llamar de la **"Autorregulación Terrestre"**, en el movimiento diario de rotación de la Tierra en los diferentes días del año, y de la cual ha hecho varias veces exposiciones en **"El Comercio"**, a partir del año de 1911. Casi estamos seguros, por lo que sobre él se ha dicho, que los que conocen los trabajos del astrónomo Iturralde, son una minoría escasísima. No es extraño, sin embargo, que sea más conocido en el extranjero, desde donde se le han enviado calurosas felicitaciones, pues, parece que sólo son nuestros pueblos los que juzgan como de valía y aprecian como meritorio lo de los

ajenos, y tienen como insignificantes y como “profecías del pasado” las creaciones que surgen en el suelo propio.

Por otra parte, considerar la Astronomía —como lo hacen muchos que quizá no conocen de esta ciencia ni siquiera su letra A,—considerarla, decimos, como una ciencia simplemente conjeturable y de dudosas cuando no de aventuradas conclusiones, es ciertamente algo que no nos hace mucho honor y que indica lo poco adelantados que estamos en esta rama del saber. No negamos que la Astronomía tenga sus lagunas aun insondadas y que son muchos los problemas que aun no ha resuelto. Pero, ¿acaso ella sola deberá ser la que haya pronunciado la última palabra? Todas las ciencias actuales tienen los suyos propios: hondos arcanos que tratan de resolver.

Hoy ya casi nadie—en el mundo civilizado—duda de que la Astronomía ha sido, es y será una de las ciencias más importantes del humano conocer, ya por la amplitud de su objeto de conocimiento, ya por la trascendencia de sus conclusiones, ya, finalmente, por la superioridad de sus métodos, teniendo en ella aplicación los principios y fórmulas de las más puras matemáticas.

La Astronomía ha determinado inimaginadas distancias, que no por ser del orden de millones de kilómetros son fantasías de los astrónomos; determina la magnitud de los mundos, y nos dice que los parpadeantes y hechiceros ojos que se abren en la altura—y que contemplamos en una noche despejada—

son bolas prodigiosamente grandes, llenas de poderosa energía, con calor y luz propia y que, cual nuestro sol y nuestro sistema de planetas, se mueven en el espacio infinito siguiendo rutas definidas y con velocidades, a veces tan enormes, que el más rápido proyectil disparado por nuestras armas ultramodernas, tendría velocidad de tortuga al comparársela con la de aquéllos.

Trasplantados y aplicados los principios astronómicos a otras ramas científicas, los resultados obtenidos han sido por demás asombrosos. Y así vemos cómo la Química moderna ve en el imponderable e invisible *átomo*, todo un sistema planetario, con sus leyes inmutables y sujeto, como los grandes astros—átomos del infinito—al movimiento universal. Se fusionan las dos ciencias, conjuntamente con la Física, y he aquí que surge la interesantísima rama denominada Astrofísica, la cual pesa, densifica, analiza, fotografía los mundos. ¡Que pueda el hombre analizar los componentes y aun los elementos de los soles y planetas, sin salir de su Laboratorio! ¿Habría mayor imposible? Y sin embargo, realizándose aquello de que “la utopía de hoy será la verdad de mañana”, fue como el elemento Helio desde su morada en la atmósfera solar, se vio sorprendido por penetrantes e inquisidoras miradas que desde la Tierra se le dirigían, mientras con extrañeza contemplaba, que su gemelo Helio terrestre, por entonces aun no era conocido, identificándose a este último en la Tierra, únicamente, pasado algún tiempo.

Sería para no acabar si pretendiéramos enumerar uno a uno los innúmeros servicios que la Astronomía ha prestado y sigue prestando al adelanto de las otras ciencias.

Interpretando sus grandiosas conclusiones conjuntamente con las no menos interesantes y elocuentes observaciones aportadas por las ciencias naturales y la Nueva Psicología, ha sido dable acercarse más al conocimiento de lo que verdaderamente el hombre *sea*, su posible origen, el destino que le espera en ultratumba, y ha hecho surgir también, espontáneamente, la idea maravillosa y sublime de la Religión universal, dicha también Religión cósmica o más simplemente Religión natural, y que, en el día presente, es seguida por casi la totalidad de los sabios, eternos interrogadores e inquisidores, nunca saciados de la contemplación o resolución de los fenómenos o problemas de la naturaleza.

Para terminar este párrafo y como para corroborar lo anteriormente apuntado, transcribimos lo que Poincaré dice en su hermoso libro "Le valeur de la Science": «Débense a la Astronomía tan importantes adelantos, que puede asegurarse que su estudio ha sido uno de los más grandes factores del progreso universal. Por ella ha sabido la humanidad que hay leyes en la naturaleza, ha conocido la armonía de los movimientos celestes, y por analogía los ha buscado en los cuerpos a su alcance. La Astronomía con la fórmula de Newton, enseñó por primera vez la naturaleza de la ley o relación entre un estado y el inme-

diatamente posterior, que en lenguaje matemático equivale a la existencia de la ecuación diferencial, señalando a la especulación filosófica nuevos moldes y derroteros distintos de los que Pitágoras, Platón y Aristóteles forjaran en sus tiempos. La Astronomía ha demostrado la pequeñez insignificante de la Tierra, de la que antes se creía que ocupaba el centro del universo, y sobre los elementos que componen los mundos nos ha dicho que no son distintos de los que se hallan en la Tierra, y que obedecen todos a una misma ley».

Para concluir la crítica del comentario A) de Julio II, diremos algo acerca de la opinión que el Director interino del Observatorio de esta ciudad, hiciera a propósito del Vaticinio a que nos estamos refiriendo. (9) Al empezar nos dice que se exime de opinar nada; sin embargo, más adelante, no puede menos que manifestar su parecer al respecto, esto es, refiriéndose a las causas que probablemente originan los temblores, y dice: «*Toda* teoría al respecto, y especialmente la basada en la posición de la luna y de los otros astros, jamás ha sido confirmada, y lo único que ha habido son simples coincidencias.» Más adelante añade: «y yo por mi parte, considero ese pronóstico como muy aventurado, y sobre todo, absolutamente inconveniente, ya que las personas *ignorantes pudieran* tomarlo en serio y no hay razón alguna para alarmar al pueblo.» Como para comprobar aquello de las “simples

(9) “El Comercio” N° 9.624, marzo 12, 1932, pág. 1ª.

coincidencias", el Sr. Martínez se vale de las afirmaciones del sismologista Milne. ¡Qué mejor hubiera sido que para opinar en contrario, se hubiese valido de la *propia* cosecha, de sus propias observaciones! Quizá por demasiada prudencia no quiso hacerlo: en realidad, podría ser que el Sr. Martínez disponga de no pocas e interesantes conclusiones, que por modestia o por temor de la crítica, no nos las dé a conocer. Le aconsejaríamos, si tal sucede que, dejando los recelos a un lado, nos deleite e instruya con lo que ha recogido en el vasto campo de la ciencia astronómica o la meteorológica o la sismológica, etc., que como sabemos cultiva.

Verdaderamente, como dice el Sr. Martínez, las teorías que para explicar los movimientos sísmicos se han emitido por eminentes autoridades en la materia, son numerosísimas, y a cuál más variadas e ingeniosas, cada una de las cuales, se esfuerza por explicar más razonablemente la causa que da origen a los sismos.

El Sr. Iturralde, según se colige de las publicaciones que al respecto ha hecho, sigue la teoría sostenida por Falb y Perry, la cual considera como causa principal de los movimientos de la corteza del globo que habitamos, la influencia astral, especialmente el sol y más aún la luna, cuando se halla cerca de las sici-
gias y cuadraturas. (10)

(10) Las *sici-
gias* corresponden a la conjunción y oposición de la luna, las *cuadraturas* son el cuarto creciente y el cuarto menguante de la misma.

Los temblores previstos por el Sr. Iturralde para el mes de mar-

Quizá el Sr. Martínez no tenga conocimiento de las numerosísimas observaciones que ha catalogado el Sr. Iturralde, como lo dice en sus publicaciones, y cuya vista de conjunto revela que en circunstancias astronómicas parecidas a la que los astros, sol y luna, ofrecieron por el 22 de marzo, 1932, revela, decimos, que considerable número de temblores (no ya solamente microsismos, sino especialmente macrosismos) han ocurrido cerca del período de las fases lunares antedichas. Ante este hecho concreto, le rogaríamos al

zo, 1932, parecen ser una *nueva* prueba añadida a los numerosos casos catalogados por dicho astrónomo, como podrá verse consultando el artículo "Terremotos Analógicos", publicado en "El Comercio" N° 9.631, marzo 22 de 1932, pág. 4. De éste tomamos: "La Sismología será siempre una rama de la Astronomía, precisamente porque los astros, en uno de los cuales existimos, ejercen sobre los terremotos y sobre nuestra vida sus leyes físicas y químicas: mil emanaciones, mil efluvios en forma de ondas, cual las eléctricas y luminosas, nos compenetrán viniendo desde las estrellas. Actualmente, en el 22 de marzo de 1932 concurren *la oposición de la luna en su nodo descendente, su perigeo, el equinoccio (sol sobre la línea ecuatorial) y el eclipse lunar de cinco horas.*"

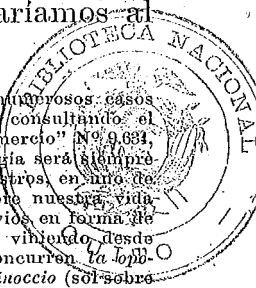
"Causas semejantes producen efectos semejantes.

"En estos días después del 10 de marzo cuando **los** prevé, afirmando: "hay probabilidades de que ocurran terremotos en *cualquier comarca del globo*", han sido sentidos por las gentes: en Vera Cruz un violento macrosismo el día 14, cuyo *contragolpe* ocurrió sin graves daños, en toda la Rumania al amanecer, desde Galatz, Bucarest, hasta orillas del Mar Negro: *fue el momento del cuarto creciente de la luna (cuadratura).*

"Simultáneamente 90° al Este de Rumania, la isla Banda de las colonias holandesas, bajo el meridiano 130°, fue casi totalmente destruída por formidable megasismo. A tiempo que aparecían numerosos y nuevos volcanes a través de toda la isla, tambalearon horriblemente sus construcciones, cuyos derrumbamientos causaron, se dijo, enorme mortandad.

"Dicha isla se halla a 130° de Vera Cruz, y *se palpa* cómo las mareas terrestres obedecen a la ley de 90° a que están sujetas las mareas oceánicas y atmosféricas. Por último, avisaron de Babahoyo que a las 6 horas, 30 minutos de la tarde del miércoles 16, habían sentido sus habitantes fuerte movimiento terráqueo, macrosismo de carácter oscilatorio, el cual causó mucha nerviosidad. *Babahoyo y la isla Banda son lugares antipodas, como lo son dos pleamares.*

"Mi previsión, hecha el 10 de marzo, *no ha debido sorprender a quienes supieran que, con mi laboriosidad, tengo gran fundamento para ello basado sobre numerosísimos hechos históricos, como el que acabo de describir*".



prudente Sr. Martínez, digno director del Observatorio, nos haga conocer su parecer.

Y como punto final de la crítica del comentario a que nos venimos refiriendo, volvamos a transcribir lo que sigue, y tratemos de *comprender* su significado. Julio II dice, además: «Y así se armaba la *gran polémica*, que al enardecerse un paso podía terminar *mal, muy mal, trágicamente mal*, porque el Sr. Iturralde *es* fuerte en eso de *manejar* el telescopio y *dirigirlo* en todos lados.»

¿Qué es lo que esto significa? A nuestro entender—y quisiéramos estar equivocados—el escritor se refiere a un caso (delictuoso según algunos) en el que, otrora, interviniera el Sr. Iturralde, y, al hablar de esa manera, no parece sino que se pretende desvirtuar el mérito de un individuo, echándole en cara una pasada falta. Tenemos para nosotros que la caída jamás puede ser considerada, después de haberse levantado el que cayó, como una afrenta; antes bien, es altísimamente honroso haberse alzado—después de la caída—más pujante y altivo, con la mirada en alto. Un conocido escritor acertadamente ha dicho: «Dichoso el que cae, pero luego se levanta orguido, porque el lodo no logró manchar su espíritu, aunque las salpicaduras del barro hayan llegado hasta su carne: el conocimiento allí adquirido le resarcirá con creces de la caída.» Siempre será verdadero aquello tan conocido de que del hombre es el errar, pero

del necio permanecer en el error, y más verdadero aún, si es que cabe admitir grados en la verdad, la respuesta que el divino Rabi diera a los acusadores de la mujer sorprendida en adulterio, quien según la ley mosaica debía ser apedreada: «El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella el primero la piedra.» (11)

En realidad, es sorprendente que hayan aún espíritus, que se consideran como superiores, con ideas no ya solamente infantiles, sino absurdas. ¡Creer que un individuo que cayó debe considerársele como incapaz de alcanzar jamás su rehabilitación social! A vosotros, espíritus que porque sois hombres habéis caído y vuestra falta *conocida* ha sido por la sociedad, os compadecemos una vez más, no tanto porque habéis caído, cuanto por la honda amargura que os causará el convenceros, que ciertos espíritus os consideran como decididamente perdidos, sin esperanza alguna de mejoramiento! Mas no, mil veces no!; tal idea, no la aceptéis jamás. Sabed, por el contrario, que si habéis caído, aun podéis levantaros y escalar la altura, tanto como lo queráis, si a ello os proponéis con la nobilísima mira de rehabilitaros. La caída es una especie de ensayo, un motivo de experiencia y conocimiento de la vida. Ya lo dijo un pensador: «el que no puede caer es el gusano, porque el gusano se arrastra por el suelo.»

(11) San Juan, cap. VIII, v. 7.

II

B) Comentarios de Julio II referentes a los sucesos del año 31 de nuestra éra, publicados en "El Día" N° 5.988, marzo 27 de 1932, pág. 1ª.

El párrafo tercero del artículo titulado "La Semana" dice: «Para felicidad de todos el Sr. Iturralde no acertó en sus pronósticos, ⁽¹²⁾ pero, como de costumbre se desquitó "profetizando" maravillosamente, en todos sus pormenores, el terremoto que hubo en Jerusalén el AÑO 32 ⁽¹³⁾ de la éra cristiana, hace mil novecientos años!

»Los historiadores afirman que ese terremoto coincidió con la muerte de Jesús y como el Evangelio nos dice (¿en qué parte?) que el Justo murió a los 33 años de edad, se deduce que el terremoto tan minuciosamente descrito por el Sr. Iturralde DEBIO ser el año 33, pero él dice que fue el 32 ⁽¹³⁾ y no hay nada que objetarle»

(12) Julio II, cediendo quizá al prejuicio con respecto al astrónomo Iturralde, no leyó o no quiso leer lo que el final del artículo que comentaba contenía, o sea, que por esos días (cercaños al 22 de marzo) el cable anunció varios movimientos terrestres de consideración, señalados cronológicamente en "El Comercio" N° 9.634, marzo 22, pág. 4, en el artículo "Terremotos Analógicos", cuya lectura recomendamos, y del cual copiamos lo transcrito en nuestra nota N° (10).

(13) El Sr. Iturralde dijo en su publicación que es el año 31, marzo 14 y 28. ¿A qué viene esta manía de falsear lo dicho? Esto no deja entrever una segunda intención?

Después de leer lo anterior, manifestándose Julio II como decidido defensor del texto bíblico, nos preguntábamos si él no pertenecía también al grupo denominado "Conservador", cuyos miembros son tildados de retrógrados y defensores de lo arcaico. Julio II aparece así, no ya solamente como "profeta de lo pasado" y acaso también "profeta bíblico", sino como celoso exégeta sagrado, insigne intérprete (aunque arbitrario) de la letra del Evangelio, y nos explica, nos hace comprender, y deduce *lógicamente* que la muerte del Maestro fue, no el año 32 ni el 31 sino el 33. (*)

Pero la verdad del caso es que, esta vez, el escritor Julio II está defendiendo un error y que el astrónomo Iturralde es verdadero, cuando afirma que la muerte de Jesús, si es que coincidió con los terremotos y eclipses de que nos habla el Evangelio, sucedió el año 31 de la era cristiana.

En efecto, el cálculo astronómico señala para ese año, mes de marzo, en las fechas 14

(*) Parece que Julio II tiene también el *don* admirable de la verdadera profecía: véase sinó lo que nos dice al final de su artículo "La Semana" de junio 26 ppdo., publicado en "El Día" N° 6,479: "El martes de la semana que hoy se acaba se verificó el encuentro de box entre el alemán Schmelling y el americano Sharkey. *Pronosticamos* el triunfo de éste y *acertamos hasta en la forma* en que obtuvo la victoria. Muchos amigos nos felicitaron por ello, *con no poco asombro*. Algunos nos preguntaron, en tono amable, que, a qué obedecía el hecho de que *así habláramos del último libro del filósofo Bergson, como del combate a efectuarse entre dos púgiles*. Y más se *asombraron* cuando les hicimos saber que en *todos* los encuentros de box por un campeonato mundial de pesos máximos habíamos *acertado en nuestros pronósticos*, con excepción del match de revancha entre Dempsey y Tunney, *en el único en que erramos*".—Y después de esto, pensar que *algunos* todavía no creen que *hay* aun *profetas verdaderos*, profetas ultramodernos, sobre todo en lo que a los púgiles respecta: ¿no es para causar asombro?

y 28, en día viernes, eclipses de luna y de sol, respectivamente; mas no para el año 33 en un mes y día como los que dejamos apuntados. Ahora bien, no es posible dudar del cálculo astronómico, por cuanto está completamente comprobado que los eclipses solares y lunares están sujetos a una repetición periódica de absoluta igualdad; por lo mismo, así como se calcula en qué tiempo del futuro se realizarán los eclipses, de sol o de luna, así mismo, es muy sencillo calcular y determinar en qué fecha, año, mes, día, hora, etc., sucedió tal o cual eclipse.

Por otra parte, la aparente contradicción que surge entre el texto del Evangelio, que nos dice que el Autor del Sermón de la Montaña vivió 34 años, ⁽¹⁴⁾ y lo encontrado por la ciencia astronómica que dice que si los astros, sol y luna, se eclipsaron—dentro eso sí de las leyes astronómicas—cuando Jesús expiraba, se resuelve muy fácilmente, y sin necesidad de recurrir a la intervención de *ningún milagro*, porque—dicho sea de paso—la creencia vulgar que juzga como un portento divino los eclipses habidos cuando el Maestro abandonaba la vida terrestre, es por demás candorosa y pueril; pues, no cabe admitir que la marcha de los cuerpos celestes, sujeta a leyes absolutamente inmutables, haya de sufrir, en un momento dado, una aceleración o un retardo, en

(14) Julio II dice III. Los Evangelistas no indican la edad a la que murió Jesús. Por el contexto general del Evangelio, se ve que se le asigna 34 años.

virtud de un mandato divino: si tal sucediera, el desquiciamiento del universo no se haría esperar; por lo demás, afirmar tal hecho, es contradecir infantilmente el concepto que del Autor Supremo del universo se han formado los mismos propugnadores del milagro astronómico: uno de los atributos del Creador es ser Inmutable; hacer y deshacer las leyes, es obra del hombre, ser imperfecto, aunque—eso si—infinitamente perfectible.

Pero dejemos la digresión y volvamos al asunto. Decíamos que la afirmación astronómica de que el divino Mártir murió el año 31 de la era cristiana, no implica la *necesaria* y lógica negación de que Jesús haya muerto a los 34 años de edad, porque hay que tener en cuenta, que el principio de la era cristiana, la cual seguimos actualmente, *no* coincide con el nacimiento de Jesús, sino que empieza 4 años después de dicho acontecimiento, como podrá fácilmente comprobarse consultando a las autoridades en Cronología.

La misma Iglesia católica celebra la Navidad el 25 de diciembre y no el 1º de enero, como debería hacerlo si es que nuestra era empezara en el preciso momento del nacimiento de Jesús, como de ordinario se cree.

Quisiéramos dar el por qué detallado de este asunto y aun los cálculos; pero, nos eximimos de hacerlo, por considerarlo de poca utilidad para la generalidad de los que ven estas líneas. Sólo diremos que ello es debido,

en parte, a las reformas que ha sufrido el Calendario en varios momentos de la historia, y, por otro lado, a que la era cristiana no empezó a contarse desde los principios de la Iglesia, sino solamente desde el año 1280 a. u. c. (ab urbe condita) era de la fundación de Roma, que entonces se seguía. Dionisio Exiguo fue quien la propuso, y, según sus cálculos, el año 1280 a. u. c. correspondía al 527 de la nueva era, la era cristiana. Posteriormente, varios astrónomos, Kepler entre ellos, y muchos cronólogos, entre ellos Calmet, han calculado el principio de nuestra era y, de sus cálculos, han concluido que Dionisio Exiguo se equivocó en los que él hiciera. (15)

(15) En la obra titulada "Elementos de Cronología" de M. S. y F. (impresa para uso de las escuelas de Colombia) editada por Nicolás Gómez, Bogotá en 1847. se lee en la pág. 47: "La venida del Redentor del Mundo nacido en las cercanías de Belén la noche del 25 de diciembre del año 4.000 después de la Creación, es un hecho que merece ser tenido por una época la más señalada.

"La era o época llamada Cristiana, Vulgar o Común se ha confundido por algunos con la del Nacimiento de N. S. Jesucristo, o venida del Mesías. Entre éstos se cuenta Dionisio Exiguo; pero Petavio, Calmet y otros varios cronólogos han determinado bien que no debe tener lugar tal confusión; pues la era del nacimiento del Mesías empieza en el 25 de diciembre del año 4.000 del mundo, y la era Cristiana o Vulgar empieza el 19 de Enero del año 4.004 después de la Creación. En el día, pues, nos hallamos en el año 1851 del nacimiento del Mesías, y en el 1847 de la era Vulgar" (año este último en que escribió el autor la obra citada).

Sin embargo, no hay plena seguridad al respecto, como se verá por lo que sigue, tomado del Diccionario Espasa, tomo 23, pág. 2.703: "El año del nacimiento de Jesucristo, justamente considerado como el hecho más trascendental de la historia humana, ha sido tomado como punto de partida para el cómputo de nuestra era. Por desgracia, Dionisio el Exiguo, erró los cálculos al fijar el nacimiento del Salvador en el año 754 (según otros el 753) de la Fundación de Roma, pues más de cuatro años antes, en la primavera de 750 murió Herodes. Mas como un texto de Aulio Gelio parece suponer que la muerte de Herodes no pudo ser muy posterior a la matanza de los Inocentes, síguese de ahí que el nacimiento de Jesús no pudo preceder en más de dos años a la muerte del tirano. Según esas cuentas, Jesucristo debió de nacer entre los años 748 y 749 (de la Fundación de Roma: a. u. c.) Cada una de estas dos fechas tiene sus probabilidades y también sus dificultades."

III

No queremos finalizar nuestras *puntualizaciones*, sin referirnos también a los comentarios que últimamente han hecho dos escritores acerca de la personalidad de Julio II, a la vez que a algunos párrafos de lo que poco há, nos ha hecho leer este escritor.

Martense nos dice: «Julio II conoce a nuestros hombres como pocos de nuestros escritores los conocen.» Más adelante expone: «Los conoce porque ha pasado por Gobernaciones, Subsecretarías y Ministerios y, sobre todo, porque es un escritor *analítico e independiente*.» Al final expresa: «Es pues el escritor del día, *el cronista político de más lastre, el más irónico y el más capacitado para orientar cosas y situaciones, dentro de la esterilidad periodística actual. Su sana picardía, ese su gracejo especial para burla, burlando afirmar el valor de los políticos, seguirán alimentando la atención pública, pues lo que secretamente hace vivir a los periódicos y a los hombres es la risa que nos produce la ajena majadería explotada con talento y elegancia*» (16)

Por su parte, Alférez Hito (17) agrega: «Julio II es *uno* de los poquísimos periodistas ecuatorianos que *puede y dice lo que quiere*.»

(16) "El Día" N° 5.991, marzo 30, 1932, pág. 3. Arto. "¿Quién es Julio II?"

(17) "El Día" N° 5.994, abril 2, 1932, pág. 3. Arto. "Julio II".

Más adelante añade: «La variabilidad es su pasión, y nunca se sabe, de un día a otro, quién será su hombre de estado favorito, o cuál su favorito tema.» Después agrega: «Como un periodista de verdad, Julio II tiene la feliz afectación de la *omnisciencia*.... El decidirá por *todos nosotros*, el problema del Oro, las minorías de Polonia, la Nulidad de la Liga de las Naciones, la política correcta de Alemania o Finlandia, de Bélgica o el Brasil, con igual certeza o brillantez.» Dice, además: «También tiene un *gusto soberbio* por las letras. Hay poquísimos escritores, entre nosotros, cuyo juicio sobre un poema o un bello trozo de prosa merecería compararse al suyo, etc., etc.» (18)

A nuestro entender, estos seudonímicos escritores, al considerar a Julio II adornado con tan certeros juicios en todo, parece que exageran. Ya lo reconoce el mismo Julio II cuando nos dice: «Queremos ocuparnos en todo ello, no porque nos jactemos de una com-

(18) Nos parece que para sentar aquello de que un individuo "es el más capacitado para orientar cosas y situaciones" y todo lo referente a "el más" que dice Martense, o lo dicho por Alférez Hito: "uno de los poquísimos escritores que puede y dice lo que quiere", o aquello de: "Julio II tiene la feliz afectación de la omnisciencia.... El decidirá por todos nosotros, el problema del Oro, las Minorías de Polonia..... con igual certeza y brillantez", es absolutamente necesario, haber pesado *uno a uno* a los escritores y hombres públicos y de valía, que dudamos mucho lo hayan hecho los caballeros a que nos referimos.

Considerar a un individuo como el único ("el más") llamado a dictaminar en *toda clase de asuntos*. y a los demás ("por todos nosotros") como incapaces de hacerlo, o siquiera hacer *algo*, es cosa que *rechazamos enérgicamente* los que no creemos tener las cualidades negativas de *carneros humanos*. Lo que anteriormente hemos afirmado, lo comprueba ampliamente; lo que luego expondremos indicará que sin embargo reconocemos la *valía* del escritor aludido. Lejos de envidiar a los *hombres preparados*, anhélamos ardientemente que por doquiera broten a millares: únicamente el conjunto de todos ellos hará a la nación a que pertenecemos, poderosa y grande.

petencia y de una omnisciencia, que estamos lejos de poseer, sino porque *nuestra innata curiosidad*—que es la que nos ha empujado al periodismo—, nos mantiene siempre con ojo avizor para captar *todo* suceso de alguna significación.» (19)

Volvemos a repetir—permitánnoslo nuestros lectores—, que no es nuestro propósito empequeñecer en lo más mínimo la justa fama y meritoria y por mil conceptos laudable labor, que este variadísimo y curioso escritor, se ha impuesto a sí mismo, con miras nobilísimas y altruistas, dignas de imitación.

Todo lo contrario; admiramos, reconocemos y aun recomendamos decididamente, sobre todo, a la juventud que *empieza*, su cálido entusiasmo, sus bellas iniciativas y sus sueños en empresas grandes.

Pero por lo mismo, porque realmente deseamos que llegue en breve a conquistar todo el esplendor de su potencialidad, y así obten-gamos, los que le leemos, la utilidad máxima, le aconsejamos, de manera sincera, que resueltamente abandone la idea de ocuparse de *todo*, y vigorosamente se encauce, buscando la especialización a que sus gustos y aptitudes innatas más le llamen. Los múltiples rayos solares que dispersados atraviesan el ordinario vidrio plano, no producen el prodigio del quemante punto, como lo harían si por la magia de la lente convergente se reunieran.

(19) "El Día" N° 5.995, abril 3, 1932, pág. 13. Artc. "Literatura Extranjera".

En el momento presente, en que el horizonte del arte y de la ciencia es tan dilatado y extenso, aspirar a ser *universal* y abarcarlo *todo*, y más aún, juzgarlo *todo*, es una pretensión de niño. Es otra de las anomalías de nuestra raza indo-española. Saberlo todo, comprenderlo todo, desde el punto de vista especulativo y mnemotécnico, aunque no se sepa nada en lo que a la práctica manual respecta, he ahí la bella pero insensata utopía del joven ibero-americano, que ha empezado a saborear las exquisiteces del saber, y a tener conciencia de lo que con su mágico poder se alcanza.

La especialización trae poder y éxito, la universalidad, mediocridad y fracaso; la primera es el rayo que fulgura, la segunda, la vaga electricidad atmosférica, inmanifiesta y estática; aquélla es la luz de medio día, ésta, la penumbra del crepúsculo vespertino que se apaga; la una es la clara y nítida imagen de la mujer amada que en lo más hondo del alma se ha grabado, la otra, silueta imprecisa y borrosa que deja la mujer extraña que se encuentra en el camino; produce genios la primera, la segunda, eruditos que todo lo saben a medias, pero bien no saben nada.

Sí, no nos engañemos. La hora presente manda y fatalmente impone la especialización.

A nuestros comentados, admiradores de Julio II, si es que nos lo permiten, les diríamos que con su predilecto escritor hicieran lo propio que, con cuidado y esmero, hace el laborioso terrateniente que cultiva un adolescente arbolillo, del que espera el sustento en el futu-

ro, y del que dijo cuando—clarividente—lo plantaba: «El fruto de este árbol será para mí, para mis hijos y para los hijos de mis hijos.» Vedlo allí: no sólo le defiende de los agentes destructores naturales, como el relente de la tarde, o la candente lumbre del sol de medio día, del ciclón demoledor o del honguifero invierno, sí que también, y principalmente, lo defiende de *sí mismo*. ¿Cómo? Lozano y nutrido, su pujante y vigorosa savia hace brotar innúmeras yemas en su tallo, las que, de dejarlas crecer, agotarían en breve su robusta juventud. El hortelano previsor, cual si no tuviera piedad, corta uno a uno esos brotes prematuros, imaginándose, al hacerlo, lo que el objeto de sus cuidados será en el mañana: árbol esbelto y grande, de cuyas ramas colgarán sabrosísimos frutos, y en cuya copa—siempre verde—voluptuosamente la encrespada nube, en veces, peinará sus cabellos ondulantes y argentados....

«En nosotros sucede algo especial: cuando tenemos conocimiento de algo nuevo—un libro, un autor desconocido, un hecho sensacional, un suceso inesperado—no nos contentamos con saberlo; se apodera de nosotros un verdadero anhelo de comunicación, de difusión, de propaganda», nos dice Julio II en otra parte, y luego sigue diciendo: «En el mundo hay tanto de importancia..... Y sin egoísmos de ningún género queremos despertar primero la afición de los lectores, en particular de los jóvenes, a ese *mundo* activísimo que se agita y mueve *fuera* de nuestras fronteras, y después

de difundir lo poco que sabemos y lo mucho que leemos.»

Comprendido así Julio II, parécenos la personificación de la juventud de Hispano-América: ávida de conocer, prolífica en soñar; rauda en concebir, en idealizar grande, y pujante en pensar; pero.... ¡qué deficiente en actualizar en obras las ideas que agitan su encefálica substancia!

Atrayéndole, a Julio II, con igual fuerza la semblanza literaria y las letras extranjeras, los problemas internacionales y los propios, la política y la poesía, el arte y la ciencia, la novela y la filosofía, la ciudad y el campo, y otras *muchas* cosas más, vémoslo como el protagonista del siguiente símil, que hemos tomado de la sabia Naturaleza y muy significativo: Es un gallo joven y razano que se crió en la abundancia, pero solitario. De pronto se ve en medio de jóvenes y asustadizas pollas núbiles, y cediendo al impulso imperioso de transmitir la vida, se lanza loco en su seguimiento. La pollada se asusta y corre sin dirección, huyendo del agresor inesperado. Y él, el cantor de la mañana, después de mucho correr y correr mucho, cae en tierra, agotado, sin haber conseguido sembrar, en ninguna de las graciosas núbiles, el germen que hace manar la vida! (20)

(20) Nos valomos de este símil por lo significativo. Tomado de la naturaleza misma de la vida, creemos hacer bien. No se lo tache, por lo mismo, de anti-ético. La generación es una ley natural, como que es la ley sublime que tramunta y perpetúa una de las supremas realidades de la Naturaleza: la Vida!

Pero ya que Julio II nos presentará una nueva sección en el periódico "El Día", en donde se tratará de críticas literarias extranjeras, opinamos que quizá sería mayormente provechoso y útil para la juventud que "empieza", el presentar a los ojos de ésta, preferentemente, a los grandes hombres nacionales y aun a los connacionales de la "América nuestra", estudiando sus obras, no ya desde un punto general y global, sino tratando—valga la expresión—de desmenuzarlas, extrayendo y asimilando, poco a poco, el substancioso contenido de las mismas.

Por lo general, creemos que sólo en el exterior lejano (Europa y EE. UU.) se han formado y se forman los hombres genios, las lumbreras que irradian su benéfica luz en el oscuro camino de la vida humana; nos figuramos que nosotros, cual si más cerca estuviéramos del irracional que del sér inteligente, no podemos, ni podremos nunca, llegar a conquistar las sublimidades y alturas del genio creador: ¡Erróneo criterio que muy pocos hemos logrado desterrar!

Por lo tanto, dar a conocer a la ávida muchachada que se inicia en esta hora, que en la propia nación y en sus hermanas en gloria, en costumbres e ideales, hubieron hombres que la o las enaltecieron con la pujanza de su genio, llegando hasta la inmortalidad y la gloria inmarcesibles, parece que debiera ser, no sólo un anhelo, sino más bien, un deber del escritor que siente ese nobilísimo afán de

forjar voluntades, sembrar ideales, formar hombres!

Darse cuenta que podemos llegar a ser tanto o más de lo que nuestros grandes hombres fueron, porque nacieron bajo el mismo nuestro cielo, es suficiente para que en nuestra juventud contemporánea, se despierte una energía y acción tan formidables, cual las del pujante volcán que si bien actualmente dormido, sin embargo, su quemante lava en su interior no se ha extinguido.

Pretender hacer conocer la literatura extraña con culpable olvido o recriminable desprecio de la valiosa literatura propia, no parece sino—a pesar de la buena intención que la acompañe—esforzarse en cultivar, en el cerebro nacional, inaclimatables árboles exóticos, cuyos frutos por lo desmedrados e infecundos, deberían desecharse al par que por estériles, por insubstanciales

Hemos tocado el fin.

Escritores, a quienes nos hemos referido, os suplicamos que habléis.

Julio II, no guardéis vuestra *variada* pluma; antes sí, con serenidad augusta y reflexión profunda, hacedla girar *graciosamente*, como vos bien lo sabéis; pero mojadla, os lo aconsejamos, en una *sola* tinta. Por experiencia propia, los químicos nos dicen: la mojadura en *muchas* provoca la oxidación muy presto.

¡Cuán merecidamente encomiástico sería que, de las *tintas* todas que el industrial ofrece,

las TINTAS NACIONALES de vuestro agrado fueran: la Patria ganaría.

Y vosotros, todos los aludidos, entre tanto esperamos vuestras serenas y bien meditadas ideas y observaciones, estrechad en las vuestras la mano que el suscrito os la extiende cordialmente,

Marciano.

